



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9326

## PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 1.º DE DICIEMBRE DE 1892.

## CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## M. LEONIE BROUTIN,

MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Para Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

## FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

## A LOS QUINTOS

LA VERDAD

Redención del servicio militar activo.

Por 750 pesetas se juega la suerte redimiendo á los quintos que les toque servir en la Península ó en Ultramar.

Nada de sustitutos ni prófugos.

Todas las operaciones á metálico.

Para más informes, pídanse al representante en esta localidad

CON JOSÉ GARREÑO.

## VINOS

Cette 26 Noviembre 1892

La situación comercial de este mercado de vinos no ha sufrido variación alguna esta semana.

La calma persiste y las operaciones que se realizan son escasas, por cuyo motivo las pequeñas partidas que se colocan alivian muy poco á las casi grandes existencias almacenadas.

En París Bercy tampoco se nota ningún movimiento, preocupando mucho la atención de los negociantes lo que ha de suceder respecto á la reforma del impuesto sobre las bebidas higiénicas y el aumento de derechos sobre el alcohol, siendo causa esto de que nadie se exponga á negocios inseguros.

El mercado de Burdeos, aunque algo más animado que los anteriores, no presenta sin embargo tan buenos auspicios como semanas atrás, siendo casi desechadas las clases ordinarias. Las superiores en cambio se cotizan regularmente á consecuencia de abundar poco. En conjunto puede decirse que dichos centros comerciales atraviesan un período muy crítico sin que nadie prevea como ha de concluir.

Tan anómala situación preocupa no solamente las regiones vinícolas de España, sino las del comercio francés en general.

Los principales centros fabriles é industriales hacen notar los grandes perjuicios que les ocasiona nuestra tarifa mínima y ponen el grito en el cielo para que cese de una vez un estado de cosas que tantos y tan graves perjuicios ocasiona á ambas naciones.

La disminución constante y cada vez mayor de las importaciones y exportaciones, hasta el extremo que solo en el pasado Octubre representan una baja de más de 150 millones de francos, explicable sólo por la ruptura de los tratados de comercio y la elevación de las tari-

fas, viene agitando la opinión, en términos que no es difícil prever, que en un plazo más ó menos largo esta se impondrá y los ultra-proteccionistas cediendo á la presión que sobre ellos ejercerán las circunstancias y aleccionados por la experiencia, no tendrán más remedio, si quierén evitar un aislamiento comercial casi absoluto y quizá el político y el empobrecimiento de la nación, que atemperarse á lo que demanda el comercio exterior haciendo compatible nuevos tratados con la prosperidad de su agricultura.

La autorizada voz de sus Cámaras de Comercio, fuera rarísimas excepciones, á las que forman armonioso coro con las francesas establecidas en el extranjero, se ha dejado oír de un extremo á otro de la nación, á cuyo clamoreo, como no podía menos de suceder, ha respondido la mayoría de la prensa, y no cabe duda que la opinión, cuyo malestar crece y se acentúa, coadyuvando al fin que persiguen los espíritus sanos y desprovistos de toda pasión económica, que son los de la mayoría del país, acabará por imponerse, ya que tan partidaria se muestra de los tratados de comercio, á los cuales, según opinión unánime de propios y extraños, debe Francia su prosperidad y riqueza.

Opinamos nosotros y con nosotros, cuantos españoles están establecidos en Francia que es conveniente y lógico mantener en España, de una manera viva y enérgica, el espíritu de fuerte reacción que se viene notando á este lado de los Pirineos; tanto por lo mucho que nos interesa, como porque juzgamos necesario un mancomún y titánico esfuerzo para que el cambio que se viene operando en la opinión repercute en las Cámaras francesas que son las llamadas en último término á hacer posible la vida comercial entre Francia y las demás naciones.

Sigue en la Cámara de diputados la discusión sobre el nuevo régimen de las bebidas, habiéndose aprobado ya los artículos 12, 13 y 14 que, como se sabe, se refieren á la supresión de todos los derechos sobre los vinos, incluso los alcoholizados y de pusa, hasta 10 grados 9 décimas, sidras, hidromeles y cervezas y á la supresión del privilegio de los propietarios que destilaban parte de su vino, garantizándoles, sin embargo, una fabricación y consumo de 10 litros por familia, medida que según se dice se prestará á no pequeños abusos.

Se considera también como seguro que la enmienda presentada por Mr. Brousse y apoyada por los diputados del Mediodía, que directamente ataca los vinos artificiales y tiene por objeto impedir el fraude en los naturales, la hará suya el Gobierno.

El Sindicato de viticultores de Francia ha dirigido á los diputados una carta en la que después de protestar contra la medida legislativa que tiende á autorizar la alcoholización de los vinos á bajo precio, concluye con las siguientes palabras:

«El sindicato de viticultores de

acuerdo con la inmensa mayoría de las asociaciones vitícolas pide muy enérgicamente al Parlamento rechace el nuevo é injustificable privilegio que resultaría de la facultad dada á los productores de practicar la alcoholización á precios reducidos.»

ANTONIO BLAVIA

## GORRIÓN

I

A la edad de ocho años el pobre niño vagabundo, no recordaba que nadie le hubiera hecho una sola caricia. ¿Quiénes habían sido sus padres? Tan difícil le era responder á esta pregunta, como si le hubiesen preguntado, dada su absoluta ignorancia, por los primeros habitantes del mundo. Es verdad que á muchos eruditos les sucedería lo mismo, á poco que en la respuesta quisieran apartarse de la historia sagrada.

¿Cuándo empezó á vagar por las calles, igual que los perros sin dueño, á caza de los desperdicios, disputándolos á la basura? Tampoco le hubiera sido posible recordarlo. Su desamparo debía datar desde los primeros años de su accidentada vida, de cuyo prólogo ya se adivinaba el desenlace: la muerte por anemia ó el presidio si su organismo hubiera podido resistir las muchas privaciones y torturas de la miseria.

Viéndoles los pies, descalzos y deformes, cubierta la carne con la costra inmensa de muchas capas de barro, hubiera creído cualquiera que eran tan viejos como nuestro globo. Algún sabio de los que fantasean habría encontrado marcadas en las plantas las diversas edades de nuestro mundo, principalmente las épocas terciaria y cuartaria.

En aquellas extremidades había de todo, cortezas tan duras como el granito, escabrosidades tan caprichosas y accidentadas como las que ofrecen cerros y valles, y en algunos sitios se descubriría hasta tierra vegetal fertilizada, hubiera brotado allí la vegetación, si el niño se hubiese estado allí con los pies quietos.

¿Constaba el nacimiento del muchacho en algún registro civil ó parroquial? No menos imposible era averiguarlo. Un día le preguntaron en la casa de socorro, á donde le llevaron para curarle una descalabrada, género de halagos que el harapiento recibía con lamentable frecuencia en su vida vagabunda y accidentada.

—¿Y tú cómo te llamas?

—¿Yo? Gorrion, contestó sencillamente, convencido de que con decir esto su filiación estaba completa. Sin duda le puso Gorrion cualquier transeunte que en sus comienzos de pillete en miniatura le sorprendió dando sus primeros pasos.

¿Y quiénes son tus padres? siguieron preguntándole.

El chiquillo se llevó la mano á la cabeza, donde ya acababan de ponerle una venda, como diciendo con esta mímica de precoz truhán.—¿Sin duda estos señores están mal del cerebro! ¡Pues no me preguntan por mis padres! ¿Qué sé yo de estas cosas! Tal vez lo fueran dos bestias humanas de esas que las necesidades del sexo aproxima y calmado el apetito se separan.

Después de mímica tan expresiva, burlado entre triste y burlón:

—¡Mis padres! ¿Quiéren ustedes que también tenga padres, como los hijos de los señoritos?

Y al decir esto su rostro flacucho y descolorido todavía manchado de sangre, se iluminó por una sonrisa cruel. Era la risa burlona del que á pesar de su tierna edad conoce por experiencia hasta donde llegan las anomalías sociales.

II

Gorrion no sabía lo que era el candor infantil. Cuando se nace y se vive en el arroyo no es posible conservar mucho tiempo la inocencia. No hay como vivir á la intemperie, al alcance del puntapié de todo el mundo, para aprender bien pronto hasta donde llega la bondad humana cuando á las criaturas les da por no ser sensibles. Así es que en sus cálculos infantiles tomaban á las gentes como enemigos de quienes debía temerse todos los desmanes, bien que sus descuidos podían ser aprovechables. Esto era vivir en perpetua guerra, con todos sus azares y consecuencias.

Tomando la sociedad por una trocha, viviendo al salto de mata, aprendiendo en cabeza propia que contra la ley del más fuerte todavía subsiste entre nosotros, no obstante las hipocresías con que pretendemos ocultar nuestra eterna tendencia egoísta, no le queda á los débiles otro recurso que la astucia, buscabas en los recursos de la habilidad el modo de no sucumbir en la lucha.

Un día encontró en el álveo del polvoriento río, seco en el verano, un gorrion cortadas por la mitad las alas y la cola. Se había escapado de las garras de su verdugo, aprovechando un descuido. El granuja se apoderó del animal, no tardando mucho tiempo en ser amigos. Más aun, en ser hermanos. ¿Qué era el infeliz muchacho sino un pájaro sin alas, condenado á no elevarse del suelo ni una cuarta?

Las horas muertas las pasaban ambos en la plaza los días de sol, picoteando el gorrion en la mano del chico las migajas de pan, obtenidas. Dios sabe cómo, ó bebiendo en los arroyuelos á donde los dos saciaban su sed.

De noche el gorrion buscaba abrigo, si el frío se deja sentir, en el menguado pecho de su camarada, y cuando la pobre criatura tiritaba, mal cubierta por los girones de su camisa y no mejor resguardada del aire en el quicio de alguna puerta, el gorrion se estremecía de igual modo, erizándosele las plumas.

El invierno llegó á ser tan crudo como lo es la sociedad con los niños desamparados. Fue descendiendo la temperatura lo mismo que si no hubiera pobres criaturas sin techo ni abrigo. Las noches heladas, horribles, atroces, llenaban de escarcha los tejados, paredes y cristales. Cualquiera escéptico al sufrir el rigor de estas inclemencias, hubiera tenido palabras de duro reproche para la providente naturaleza. ¿Cuándo el mercuro bajo y se esconde en su cárcel de cristal, por temor al frío ¿qué han de hacer los hombres? Renegar de todo.

III

Al terminar una de esas noches el sereno del distrito tropezó con el vagabundo en el portal de una calleja, yerto de frío. Ni su estómago ni su ropa estaban para resistir una temperatura de diez bajo cero.

—Aquí hay un muerto, exclamó bajando un poco el embozo de su recio capote para ver mejor.

Otro guardia arrimó su farol, y acercándose cuanto pudo, exclamó sin comoverse:

—No. Son dos los muertos. Mira eso. Y señaló con el dedo la cabecilla del gorrion que en el estertor asomaba por entre los girones de la camisa.

El hambre y el frío habían causado dos víctimas.

ANTONIO F. GARCIA.

## POR UN RIZO.

I

—¿Con que á las dos?  
—Sí. Eduardo, por esa hora ya dormían todos en casa.

—Conforme, y que no faltes; ya sabes que tienes que darme esa prueba de tu cariño.

—Sí, Eduardo mío, te probaré que te amo.

Así hablaban dos jóvenes, Eduardo y Amelia, que, precedidos de dos señores de edad, se dirijian hacia el Prado; sin duda para tomar el sol de un día, por cierto espléndido.

Pasearon largo rato y en amigable conversación hasta que, por fin, hubo de separarse el pollo de ellas.

Amelia y Eduardo sostenían relaciones y, aprovechando éste aquella entrevista, pidió una cita á su novia para hora avanzada de la noche.

Sin duda trataba de adquirir la certeza sobre la realidad de su cariño.

II

La una y tres cuartos daban en el foy de una iglesia cercana de un café, donde se hallaba apurando un bibe de cerveza el enamorado Eduardo.

Consultó su *roskopf*, y viendo que era aquella la hora, pagó el gasto, abandonando el establecimiento para acudir á la cita que ya conocemos.

Dió algunas vueltas por calles y callejuelas, hasta que llegó á una de estas últimas.

Y paseando por frente de la casa de la dueña de sus pensamientos, se dispuso á fumar un cigarrillo.

III

—¿He sido exacta?  
—Sí; acaban de dar las dos.

—¿Te basta esta prueba para convencerte de que te amo?

—No del todo: ya te he dicho que un rizo es lo que me puede hacer feliz.

—Eso... otro día.

—No; esta noche, ya que la ocasión no es favorable.

—Por mi parte te lo daría; pero después de esto me vas á pedir otra cosa....

—No lo creas; me es suficiente ese rizo de tu dorada cabellera.

—Si es así, me lo cortaré; pero antes has de jurarme que no me olvidarás.

—Te lo juro.

—Espera, voy por unas tijeras...

IV

—Ya me tienes aquí... Corto un rizo de los que á tí más te embelesan... Prepárate á cojerlo... Ahí va, envuelto en tu última carta.

Y acompañando la acción á la palabra, arrojó un objeto liado en un papel, que tardaba mucho en llegar al suelo, sin duda por su poco peso.

En la calle, Eduardo, se desojaba por ver lo que su adorada, le echaba; porque la obscuridad de la noche le impedía distinguir bien lo que por los aires venía.

En tan críticos momentos; una vecina, de la casa de enfrente, abrió con gran sigilo el balcón y arrojó por él el contenido, no muy oloroso de cierto vaso.

Coptenido que fue á caer sobre el pobre Eduardo, cogiéndole de lleno, cuando rebuscaba por el suelo el rizo de su amada.

V

Mientras se desarrollaba esta escena, en una de las calles inmediatas se oían gritos, carreras, y las voces de *¡por ahí va el ladrón!*

Tanto tropel lo motivaba un rata que, de casa de un pacífico vecino y aprovechando su sueño, se había llevado unas prendas, entrando por una alcantarilla para consumar su fechoría.

Y aparecieron por la calle en que se hallaba Eduardo dos guardias acompañados de unos cuantos curiosos.

Y se dirijieron á él para interrogarle. Mas uno que se acercó al desgraciado Tenorio, que se hallaba impresionado por el inesperado bulto, observando su aire asustadizo y que olía, y no á rosas, dijo con toda su autoridad:

—Me parece, Duminagu, que está es el delincuente.